

y fijó una mirada de cólera en el moro.

—¡Levanta! le dijo poniendo casi junto á él los herrados cascós de su corcél; ¡levanta, jactancioso! ¡levanta!

Tarfe despertó al sonido de la pujante voz del castellano.

Levantóse lentamente, púsose de pié, y midió con una larga y profunda ojeada á su adversario.

—¿Quién eres tú, le dijo con desprecio, caballero sin mote y sin empresa? ¿acaso no hay en tus reales valientes capitanes que vengan á medirse conmigo que soy el caudillo de cien combates?

—Caballero novel, contestó el mozo, vengo por tu cabeza para hacer con ella empresa; cristiano, vengo á arrancarte el corazón y el cartel que te atreves á poner en la cola de tu caballo, cuando tiene el nombre de la que sobre ángeles se sienta.

—Ea, vete, cristiano, dijo Tarfe con desden; que yo no he de medir mi espada con quien trae armas blancas y oculta su semblante.

El mozo se levantó con coraje la visera, y mostró su hermosa y juvenil faz al moro.

Tarfe miró con asombro al mancebo; la espresion de desprecio marcada en su semblante se desvaneció, y en vez de ella apareció una sonrisa de afecto.

—Valiente eres rapaz, dijo, gran fama alcanzarás en el mundo si una lanza traidora no corta la carrera de tu vida; pero vete; yo no soy asesino ni me mido con niños; vete, y di á ese terrible Gonzalo de Córdoba, que Tarfe le espera durmiendo.

Y fué á reclinarse de nuevo en el cespéd.

Pero el jóven caló su visera, levantó el cuento de

su lanza y la tendió con ira sobre la espalda del moro.

Al sentir este ultraje, Tarfe saltó como una pante-
ra herida, embrazó su adarga, requirió su espada, ca-
balgó, tomó campo y partió con la lanza baja contra
el cristiano gritando, ronco de furor.

—Por Eblis (1), villano, que has de pagar con tu
sangre tan ruin y cobarde ultraje.

Y á este punto embistió contra el mozo que le
acortaba el trecho viniendo á encontrarle á la carrera.

El aire gimió con el estruendo del choque; la lan-
za de Tarfe saltó, hecha menudas astillas, contra la
adarga del castellano, que no se movió de los arzo-
nes, á par que su pica falseó la jacerina y el jaco del
moro, y le hirió levemente rompiéndose tambien,
como hubiera podido romperse una caña.

Tarfe rugió de cólera, y su ancha y corva cimitar-
ra berberisca lució como un rayo fuera de la vaina.

El cristiano desnudó su espada, tornaron á tomar
campo, y se acometieron de nuevo con doble coraje
é ímpetu furioso.

Martillaban los aceros sobre el duro hierro de los
arneses; los airones, los penachos, las sobrevestas y
las galas eran despojos de la liza; empezaban á des-
clavarse coseletes y grevas y la sangre corría de
mas de una herida.

Rugía Tarfe como un hambriento leon del desierto,
coloraba su rostro la vergüenza de no haber venci-
do á la primer arremetida á aquel cristiano, casi niño

(1) Satanás entre las árabes.

que se había atrevido á insultarle, y redoblaba sus golpes y sus embestidas ligero como un halcon, incansable, feroz. irritado.

Y siempre encontraba apercebida la adarga del cristiano, siempre su caballo, caracoleando en su torno, le divertía en una defensa fatigosa, y redoblábanse las estocadas en el templado acero de su jaco.

Jadeaban ya los caballos.

El cristiano á quien sin duda importaba la brevedad, hacia girar el suyo como un torbellino sobre el moro.

Al fin entrambos corceles, fatigados, cubiertos de sudor, ensangrentados los hijares, obedecieron mal al freno, y el de Tarfe tropezó en el tronco de un árbol, al tomar una vuelta, y cayó arrastrando á su jinete.

El castellano contuvo el suyo para no atropellar al moro, saltó dél en tierra, y se adelantó adargado y la espada en alto á su enemigo, que se había levantado cubierto de polvo y trémulo de furor.

Empeñóse de nuevo el combate á pié firme.

Silvaba el acero contra el acero; el dios de las batallas, posado en una nube roja miraba con asombro á los caballeros.

Y Tarfe apretó los puños y los dientes; su alfanje describió un círculo al rededor de su cabeza y cayó como un rayo sobre el cristiano

La hoja damasquina saltó rota en pedazos contra la adarga del mancebo.

Tarfe estaba desarmado; solo le quedaba el puñal; arma débil é inútil; arrojó lejos de sí la adarga, y se fué con los brazos abiertos al castellano que le imitó.

El combate pasaba á ser lucha.

Una sombría y sardónica risa salió de entre las barras del yelmo de Tarfe.

Membrudo, agigantado, gran luchador, esperó hacer pedazos entre sus robustos brazos al jóven campeón.

Y así hubiera sin duda acontecido.

Pero cuando el moro estrechaba al mancebo, cuando el coselete gemia rechinando entre aquel lazo de hierro, su mano buscó el falso de la armadura de su enemigo y su daga buida penetró en su pecho.

Tarfe abrió los brazos, lanzó un grito terrible y cayó de espaldas.

El *Ave María* habia sido rescatada.

La visera del mancebo se alzó; su rostro juvenil y hermoso cubierto de sangriento sudor, se elevó al cielo, y sus elocuentes ojos negros se arrasaron en una lágrima de gratitud.

Oracion suave, dulce, perdida como un perfume en la inmensidad del abismo y elevada hasta el trono de Dios.

Y luego fué al caballo del moro, quitó de su cola el cartel del *Ave María*, le besó de hinojos y le suspendió de su cuello sobre su pecho, á manera del vasallo que ostenta el blason de su señor.

Y llegó á Tarfe, desenlazóle el yelmo, y al ver su frio semblante afeado por la palidéz de la muerte, exclamó con un orgullo disculpable á sus pocos años:

—Soberbio moro, el novel caballero ya tiene empresa para sus armas, y el *Ave María* será un cuartel

de gloria en el blason de los Garcí Lasos de Castilla.

Y cortó la cabeza á Tarfe, la colgó del arzon de su caballo, cabalgó, salió de la espesura y se encaminó al real.

Allá á lo lejos se levantaba en el camino una nube de polvo bajo los piés de los caballos de un pequeño escuadron, que avanzó hasta dejar conocer á los que cabalgaban.

Era el capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba con sus escuderos, que habia sido nombrado por el consejo de guerra para responder al reto de Tarfe, y venia armado de todas armas y cubierto de lazos y penachos.

Pronto estuvieron junto al jóven, y pudieron ver en su pecho el *Ave María* y en su arzon la sangrienta cabeza del moro.

Detúvose el capitan y con él sus escuderos.

—¡Pardiez, Garcí Laso, dijo al jóven, que temprano empezais á ser hazañoso! Vais apurando todas las vias de las grandes empresas: Chacon y don Diego de Córdoba, Leon y Aguilar, entran en palenque en Bib-Rambla y vencen; Pulgar pone el nombre del *Ave María* en la mezquita de Granada, en prenda de posesion, y vos, niño aun, la rescatáis de un guerrero tan formidable como Abdallah Ebn-Tarfe, ¿Qué dejais, pues, que hacer á Gonzalo Fernandez de Córdoba?

Y esto dijo, sonriendo afablemente, como quien tiene harta gloria propia para poder envidiar la ajena, el hombre que debia ser la primera y mas clara gloria entre la de los guerreros españoles.

Tendiéronse las manos el capitan de caballos y el jóven, y tomaron juntos la vuelta de Santafé.

Desde aquel dia los Lasos son Lasos de la Vega, y en su blason campea el *Ave Maria*; desde aquel dia tambien las armas de la ciudad de Santafé son una pica, clavado el cuento en la cabeza de un moro, y pendiente de su hierro el cartel del *Ave Maria*.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monasterio de la Alhambra y Generalife
CONSEJERO DE CULTURA

lágrimas, lejos de ese edem de delicias que brota flores de púrpura bajo los rayos de un sol de oro!

Y el rey lanzaba su yegua á toda la carrera, y ensangrentaba su hijar.

Y le seguian sus caballeros, con los pendoncillo de sus picas arrastrando por el polvo en señal de luto, y aquellos pocos leales temblaban de cólera y de vergüenza, cada vez que el crugir de la bombardas enemiga, ardiendo en señal de triunfo, llegaba á sus oidos.

Y otra vez al pasar por el lugar de Armilla descalbáron, y el rey en señal de vasallaje, se prosternó á los piés de la hacanea de la reina Isabel primera de Castilla, que seguida de sus damas, y resguardada por la compaña de lanzas de Gonzalo Fernandez de Córdoba, miraba desde allí la toma de la ciudad.

Alzóle la reina y pronunció algunas palabras de consuelo para aquel regio infortunio.

Y cabalgaron de nuevo el rey y sus caballeros, y siguieron adelante, y pasaron silenciosos y sombríos, corriendo siempre, por la villa de Alhendin, cuando ya el sol que habia alumbrado á Granada la sultana, se hundia en el Occidente bañando en su último y tristísimo rayo á Granada la cautiva.

Y cuando ya las nieblas de la tarde, flotaban entre la ciudad y las distantes colinas, como un velo de misterios, el rey alcanzó á las reinas su madre y esposa en el repecho del alto del Páduca.

En su cima se abria una estrecha quebradura, desde donde se alcanzaba á ver por última vez á Granada.

El rey descabalgó y con él sus caballeros, postróse, y miró á su ciudad con el corazon desgarrado y los ojos llenos de lágrimas.

Y vióla, como ve el moribundo alejarse la vida, el desdichado la esperanza, el avaro su tesoro.

Amargóse su alma, dilatóse en un hondo suspiro, y no siendo ya bastante á contener su dolor, el desdichado rey cayó de rostro contra el suelo, y exclamó dando un gran grito:

—¡Allah-akbar! (*¡Dios es grande!*)

Y la sultana Aixa que así le vió, pálida, ceñuda, irritada, apartando de él con desprecio los ojos exclamó:

—Si llora como una mujer, menguado, ya que como hombre defender no supiste tu corona.

La desesperacion, la vergüenza, el dolor, secaron las lágrimas en los ojos de Abu-Abdallah, cabalgó en su corcel, le arrimó furioso los acicates, y el bruto se lanzó con tal ímpetu á la carrera, que dejó señaladas sus herraduras en la roca como hasta hoy se parecen.

El rey y su comitiva doblaron al fin la punta de Geb-el-Solair, y se perdieron á lo lejos, entre la dudosa claridad del crepúsculo, sobre el camino de la montañosa Alpujarra.

Desde aquel dia los moros en memoria de esta tristísima despedida, llamaron á aquel ojo de lágrimas del alto del Padul, Feg-Allah-Akbar, y aun le conocen los cristianos con el nombre del *Suspiro del Moro*.

los ojos de los que se miran en el espejo.
 Y como el espejo es un objeto que se ve en el espejo, el espejo es un objeto que se ve en el espejo.
 Y como el espejo es un objeto que se ve en el espejo, el espejo es un objeto que se ve en el espejo.
 Y como el espejo es un objeto que se ve en el espejo, el espejo es un objeto que se ve en el espejo.

INDICE.

La Torre de la Cautiva..... 3
La toma de Alhama..... 13
Ave Maria..... 21
La cerca de D. Gonzalo..... 35
El ciprés de Generalife..... 51
El alcaide de Alora, ó historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa..... 67
El triunfo del Ave Maria..... 94
El Suspiro del Moro..... 105



NOTA.—Se ruega á los señores suscritores no encuadernen el presente tomo hasta que se haya publicado el siguiente, en el cual continuaremos publicando las interesantes *Tradiciones Granadinas*.

CASA DE GALLINAS.

POR

D. José Joaquín Soler de la Fuente.

CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

En un día claro y despejado del mes de Abril de 1491, un grupo de personas aparecía sobre una baja colina, desde la cual se divisaba un encantador y risueño panorama. De un lado veíase á Granada con sus mil y trescientas torres, que velaban cual otras tantas impasibles centinelas por la seguridad de sus moradores. Del centro de esta rica joya musulmana, sobresalían las arábescas cúpulas de las mezquitas y palacios, formando caprichosos y enredados laberintos, destacándose cual regio é imponente dosel la magnífica fortaleza de la Alhambra, cuyos gigantescos y

pardos torreones aparecian en lontananza sobre un cielo de azul turquí, prestando seductora altivez á este mágico cuadro. Del lado opuesto de la colina mirábase esa inmensa faja de armiño, que confundíendose entre el celaje, parecia prestar abrigo á la fértil vega con su siempre verde alfombra, sus espesos olivares y sus cristalinos arroyuelos cubriéndolos con su manto de nieve.

Al frente de la colina divisábase la falda agreste de un promontorio de montañas, sembrado de espantosos barrancos, que en ascenso gradual parecia llegar al cielo por la parte del Norte, y formando cordillera por la de Oriente se enlazaba con los montuosos lugares de las Alpujarras, y este árido sitio hacia resaltar con mas fuerza las bellezas de la vega, que entonces contribuian á aumentar multitud de tiendas de campaña, sobre cuyas blancas cupulillas se elevaban encarnados banderines que hacia oscilar el viento de la mañana.

Era el campamento de los Reyes Católicos de España, don Fernando V y doña Isabel I.

El grupo de la colina se componia de tres ó cuatro mujeres y dos caballeros que vestian payonadas y elegantes armaduras, y en cuyos cascos relucientes reflejaba el sol sus dorados rayos. Eran la reina doña Isabel, parte de sus damas, el valeroso don Alonso de Aguilar y el jóven don Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Habia querido doña Isabel dar un paseo matinal, y encontrándose á los apuestos caballeros, solicitaron el honor de acompañarla, que les fué concedido. Despues de haber admirado el brillante cuadro que se les

ofrecia desde aquel punto de vista, y al que daban mayor animacion los soldados cristianos, que defendidos por las silenciosas centinelas del campamento, descansaban formando corrillos sobre la fresca yerba, llamó la atencion de la reina un objeto que haciéndolo notar á su acompañamiento, fijáronse sobre él todas las miradas.

Era éste un palacio árabe, situado al pié del promontorio de rocas de en frente. Dividia este sitio de la colina el *Rio Genil*, que corriendo en una profundidad cubierta de espesas alamedas lo resguardaba de toda tentativa de sorpresa.

—¿Qué es aquella masa sombría y medrosa que yace escondida entre aquellas montañas? Preguntó la reina con algun afán.

—No he reparado hasta ahora en ella, contestó don Gonzalo, y por cierto que ocupa un lugar delicioso en extremo.

—Es el *Palacio Darluet* ó *Casa del Rio*, una recreacion de Abul-Khatar, dijo una de las damas, moro de grande pujanza y valentia, segun cuentan.

—¿Qué, sabes tú algo de él? interrogó la reina.

—¡Vaya si sé! Es una historia rara, de las mas raras que puede haber. No ha muchos dias que estando en vuestra tienda la oí contar á unos soldados que se hallaban cerca de ella, y puedo aseguraros que pasé un rato divertido. Hay encantamientos y magos..... y, en fin, es una verdadera tradicion de los descendientes de Agar ó Ismael.

—Pues refiérela, Sol, contestó doña Isabel, y proporcionamos ese buen rato. ¿No es esto, caballeros?

continuó dirigiéndose á ellos, ¿no tendreis como yo un plaacer en oirla?

Una respetuosa inclinacion fué la respuesta de los guerreros, y á una señal de la reina comenzó la dama la historia de esta suerte.

«El moro Abul-Khatar pertenece al linaje de los Gazules. Su padre hace veinte años que habitaba en un arrabal de Granada que llaman el *Albaicin*, teniendo entonces diez hijos varones, de los cuales el mayor es el dueño de ese palacio. Estaban sumidos en la mas espantosa miseria, y apenas el escaso jornal que haciendo cestos ganaba Bey-Kal, era bastante para la subsistencia de sus hijos y una vieja esclava egipcia que consigo tenian. Esta esclava, que hizo para con Bēy-Kal las veces de madre, y del que nunca se había separado, gozaba de un singular prestigio sobre el moro y toda su familia, recibiendo sus palabras como si viniesen de la boca del Profeta. Setenta y cinco lunas de Argeb (1) habian reflejado sobre su cabellera blanca como sus rayos, y aun brillaban sus

(1) Enero.

ojos en el centro de sus órbitas, como viva llama en lo interior de caverna tenebrosa. Ziula se llamaba, y este nombre era repetido todas las mañanas por Bey-Kal y sus hijos en las oraciones que elevaban al Profeta.

Era una noche del crudo invierno; un frío intenso helada la sangre en las venas de los ateridos hijos de Bey-Kal, que apiñados en torno de un consumido hogar, procuraban en vano calentar sus entumecidos miembros. Ziula en un rincón de la estancia cruzadas las manos al pecho, cerrados los ojos é inclinada la cabeza parecía dormir. Bey-Kal no había vuelto aun de su trabajo. Un hambre espantosa acosaba á los niños; no habían comido nada en todo el día, y esperaban á su padre con un creciente afán, pues debía traerles como todas las noches el acostumbrado y mísero sustento, pero Bey-Kal no venía. Dos horas se pasaron en este estado, dos horas de angustia y dolor. Aguijoneado por el hambre levantose el mayor de los niños y se dirigió á Ziula, iba á despertarla para pedirle socorro.

El rojo fulgor de algunos tizos medio encendidos que iluminaba confusamente la estancia, coloraba de una manera pavorosa el semblante de la egipcia, apareciendo lívido y cadavérico. Retrocedió el niño á su vista lleno de terror, y corrió presuroso á esconderse entre sus hermanos señalando con el dedo á la esclava. Fijaron todos sus ojos en ella, y volvieron el rostro por un simultáneo movimiento cubriéndolo con sus manos. Un silencio de tumba reinaba en el aposento.

Las horas pasaban y no se oía el rumor de los pa-

sos que anunciaba siempre la llegada de Bey-Kal. Ziula permanecía en su letargo. Volvió á hacer un esfuerzo Abnl-Khatar que era el mayor de los niños, y asidas sus manos á las de sus hermanos, se acercaron nuevamente á la anciana. Cogió uno de ellos con temblorosa mano la borla que pendía del jaique de Ziula, y tiró suavemente.... pero la egipcia no despertaba. Sacudieron su brazo, movieronla del suelo, animáronse algun tanto los hijos de Bey-Kal y la abrazaron con violencia; pero en sí no volvía aquella, continuaba en la misma insensibilidad.... parecía muerta. Un agudo grito se escapó de las bocas de los niños, y corrieron desalados por la habitación. Este grito ha penetrado el corazón de la anciana, y abre repentinamente los ojos. Un brillo extraño destellaban, produciendo un sombrío contraste con el rojizo color del hogar. Incorporose lentamente Ziula, miró á una y otra parte con asombro, levantóse al fin, y preguntó á los niños, que repuestos de su temor la cercaban como el saúco á la morera.

—¿Dónde está mi hijo? ¿dónde está Bey-Kal?

—¡Aun no ha venido! contestaron con afligida voz, Ziula... tenemos hambre, mucha hambre; dadnos por Alá algo que comer!

—¡Desgraciados! exclamó con destemplada voz la egipcia levantando las manos al cielo, ¡desgraciados hijos de Kal....! vuestro padre no existe.... Oid la revelación que he tenido del ángel de mi destino, durante pocos instantes.... Oid, primero el brillante porvenir que os espera, para que sintais con mas resistencia el dolor que voy á causaros al mismo tiempo. Teneis hambre.... y hambre tendreis hasta ma-

ñana, que es el día de vuestra resurreccion, el día en que la casa de Bey-Kal levante orgullosa su emblema de poder, abatido tantos años, y en que vuelva á brillar con el esplendor que merece esa robusta rama del encumbrado linaje de los Gazules del Oriente. Al decir estas palabras, el acento de la egipcia tenia un tono tan raro y maravilloso, que los hijos de Bey-Kal inclinaron sus cabezas sojuzgados por aquel poderoso ascendiente, y escucharon á la anciana con sumiso ademan.

Mahamud-el-Azid, dijo al cabo de un momento de reflexion, primer vástago de vuestra ilustre rama, era un moro de gallarda presencia, arrogante en demasía, y valiente como el aguila de los bosques. Habitaba un palacio suntuoso distante pocas varas del Genil, y numerosa falange de esclavos y juglares se disputaba el favor de divertirlo en sus ocios. La opulencia reinaba en torno suyo, y el fausto y esplendor formaban la existencia de este feliz creyente. Una tarde del caluroso estío, pareciéndole templada el agua que le tenian dispuesta en sus marmóreos baños las odaliscas de su harem, quiso buscar la frescura que la sangre ardorosa de sus venas anhelaba, y salió de su palacio sin mas séquito que un anciano negro, dirigiéndose á la ribera tapizada de esmeralda, cerca de la que susurraban con paso majestuoso las ondas del Genil. Llegados á un sitio, donde juntándose las copas de los frondosos álamos que crecian en las opuestas orillas, formaban una pintoresca y encantadora gruta, mandó á su esclavo lo despojase de sus vestiduras y se arrojó al rio. No bien su cuerpo hubo rotó la cristalina superficie, cuando un nacarado pez

salió del centro de las ondas perseguido por una monstruosa serpiente, y siguieron con precipitación el curso de las aguas. Un compasivo sentimiento despertose en el corazón del benéfico Mahamud, y viendo que la tremenda serpiente iba á dar pronta caza al infortunado pececillo, arrojóse tras ellos con la velocidad del delfín, y logrando sujetar á aquella por la cola, tiró hácia sí con tal fuerza, que dividiéndose en dos la serpiente, sumergiósse de espaldas en el Genil. Creyendo tocar pronto con su mano el arenoso lecho, la alargaba por debajo de las ondas, cuando siente que otra mano ase la suya precipitándolo hácia dentro. Entumecido todo su cuerpo con este contacto, cerró los ojos creyendo llegada su última hora: pero cual fué su sorpresa, oyendo una dulce voz que le dijo: «Abre los ojos y nada temas, estás en mi palacio!» Obedeció Mahamud á la irresistible influencia de este acento, y hallóse en un cenador vistosamente adornado de mosaicos y piedras preciosas, embalsamado por el delicioso aroma de multitud de flores que colocadas en chinescos jarrones abrian sus pétalos á jüguetonas mariposas, cuyas alas brillaban al resplandor de una claridad maravillosa, que penetraba en aquel sitio de delicias sin saberse de donde provenia.

Una mujer, bella cual la rosa de los pensiles del Egipto, estaba mirándolo con cariñosa espresion, teniendo aun entre las suyas la mano de Mahamud, quien creyéndose presa de un sueño fascinante fijaba su vista con asombro en el espectáculo que le rodeaba.

—Mucho te debo, generoso moro, dijole la jóven, me has salvado del poder de un maldito etiope, ma-

go famoso que me tenía hechizada en venganza de no haber querido corresponder á su amor; pero en ese mismo beneficio hallarás la recompensa. Soy hija de la Noche, protegida por los espíritus del lóbrego reino de las tinieblas. Apenas el Sol se hundía bajo el potente dominio de mi madre, salía á disfrutar de las dulzuras con que me brindaba su deleitoso seno; pero incauta como todos los secuaces de las sombras, dirigía mis pasos por do quier sin evitar los peligros que me amenazaban. Ese infernal etiope que convertido en serpiente acabas de destruir, salía á la mitad de la carrera, del nocturno reinado de mi madre, de la espantosa laguna, que existe en una hondonada de la sierra que corona á la Alhambra, y á la que con el tiempo llamarán el *Albercon del Negro*. Viome una vez que hacia aquel sitio me condujera mi improvisión, y prendado de mis hechizos, me tomó entre sus robustos brazos antes de que tuviera tiempo para huir de su espantosa vista; y sumergiéndose conmigo por entre las cenagosas aguas de la laguna, me llevó á su descomunal caverna, rodeada de flamígeros y penetrantes rayos, que lastimaban mis delicados ojos acostumbrados, cuando mas, á esta tenue claridad. No pudiendo allí vencer la desesperada resistencia que oponia á secundar sus designios, dejóme atada con fuertes ligaduras, amenazándome, que si á su vuelta no consentia, trataba de tomar una terrible venganza por medio de una repugnante transformación. Asi que me ví sola, llamé en mi auxilio á la Noche. No tardó mucho tiempo en acudir á los lamentos de su hija, y contándole mi quebranto, me respondió con aflicción: «No son mis fuerzas bastantes para luchar

con el mago que te aprisiona protegido por el Sol; pero escrito se halla que el feliz mortal que te liberte de su poder, sea cualquiera la forma en que su rencor te convierta, volverás á tu primitivo ser; y tu salvador en virtud de este anillo, que le entregarás en muestra de recompensa, será invencible y toda su descendencia, en cualquier lucha que emprenda contra sus enemigos: pero si alguno de ellos abjurase de sus creencias religiosas, perderá el anillo toda su virtud, y no podrá recobrarla hasta que otro individuo de su raza sea alevosamente asesinado por algun crimen que cometa.» Estas palabras expresó mi madre, y dejándome el talisman, desapareció de la caverna. Al cabo de algun tiempo volvió el gigantesco etiope, y hallándome afligida al contemplar el escaso auxilio que la Noche podia prestarme, creyó que me conformaba con sus terribles intentos; mas conocido despues su engaño en vista de mi inaudita resistencia, creció á tal punto la cólera del mago, que agarrando con brutal fuerza mis sueltos cabellos, y profiriendo un espantoso conjuro, me convirtió en un blanco pez, y sacándome de la cueva, me arrojó al Genil, donde transformándose en serpiente, todos los dias me hacia padecer los mas crueles dolores, hasta que viniendo tú á bañarte en aquella parte del rio, pusiste, matando al fiero mago, término á mi quebranto.

Asombrado quedó Mahamud con la relacion de la hija de la Noche, y no salió de aquella especie de éstasis agradable en que parecia hallarse sumergido, respirando aquel delicioso perfume, hasta que sintió en su dedo anular la presion de la sortija que le puso